

Crítica de libros

DOS POETISAS

Entre los libros de poesía que se editan cada mes es raro que no haya varios escritos por mujeres. Conste que me parece bien. No estoy entre los que se quejan de la abundancia de líricos—por otra parte, muy relativa—, si bien opino que ahora no se piensa demasiado en la responsabilidad que supone la publicación. Es cosa del tiempo. Presencia, esencia y potencia de la poesía reunida en volumen.

Felisa Sanz, en *Las horas contadas* (1), nos da en femenino esa versión de tiempo y melancolía tan consustancial con la lírica de hoy en su frecuencia lamentosa. Esta es poesía muy subjetiva y amarga, sin apenas variantes en el tono, y donde el mundo íntimo, el problema de quien escribe, trata de inscribirse en lo que es transpersonal. Un difícil logro siempre. Para Felisa Sanz la tristeza es ropaje y sustancia agobiantes, como si algo—en este caso la sinceridad—le impidiera salir de esa especie de clausura.

Hay que alabar su sencillez y claridad. En el poema del cumpleaños se conciertan adecuadamente las características generales de *Las horas contadas*: exposición triste de un alma.

En gracia de lo vario, el otro libro de mujer que viene hoy a esta página es casi lo opuesto al anterior. *El buscador* (2), de Elena Andrés, pretende la expresión de lo íntimo, pero a través de cierto simbolismo. Hay bastante de mental en su estructura y en su tono. Alguna referencia al Buscador enlaza los poemas; éstos presentan un aspecto uniforme y peinado, en el que sobresaltan alguna vez versos como los siguientes: "Sí, en una esquina de mi espalda—hay un sol muerto hace miles de años."

Se observa un cuidado en la palabra, tal vez en perjuicio del clima poético. Aunque la poesía de Elena Andrés en este libro no es de pasión precisamente. Su empeño es otro y distinto del que suele perseguir la poesía femenina.

"HUECOS EN EL ESPEJO" (3)

Es siempre elogiable que un poeta escriba en una lengua distinta a la suya. Henri de Lescoet hace llegar a su breve entrega, *Huecos en el*

(1) ÁGORA, 1958.

(2) ÁGORA, 1959.

(3) *Délfica-Imperia*.

espejo, en castellano, y, como en casos semejantes, hemos de atender en la lectura a lo esencial, dejando a un lado el aspecto formalista, inevitablemente con sabor a traducción. Pero es suficiente esta muestra—dedicada a los poetas de España y América—para percibir lo que sus versos contienen. En una línea cronológicamente semejante al Movimiento de la Resistencia francés, nos parece que el quid poético de Henri de Lescoet reside en la brevedad, intensidad y dinamismo de sus imágenes volcadas hacia lo humano. Por ejemplo, en ese *El Tropel alucinado* dice: “Yo no sé nada. ¿Y de dónde vienen las mentiras?—¿Amigos o enemigos? Yo no lo sabré nunca—Y desespero de huir, ahilado.” Esta tendencia a la concentración se observa en el resto de los poemas de esta *plaque*, que, de verdad, sabe a muy poco.

“DIOS EN LA TIERRA” (4)

Ya el título informa suficientemente de la intención: sentimiento religioso al hilo de cosas muy concretas. Es así. *Dios en la tierra* es un libro de bastantes páginas, y esto importa algo en vista de la afición a los “cuadernos”. Es una intención la de T. P. trabajada y desarrollada en cinco partes. No parece improvisación. En cada una de aquéllas el sentimiento religioso aludido tiene distinto voltaje: desde la actitud confesional a lo que sólo es reflejo de Dios en los poemas de la montería. El ambicioso radio de este propósito no puede negarse. Y asimismo lo que hay en él de logrado. Creo que es muy positivo en *Dios en la tierra*, y en cualquier libro, un algo cálido que el poeta no abandona. Naturalmente, esta cualidad está con preferencia en esos momentos que pudiéramos llamar dramáticos de su obra. Es curioso que esos momentos coincidan, en mi opinión, con los de lenguaje menos expresivo, más gastado, más altisonante, lo que en cierto modo es comprensible. Es más avanzado el libro cuando Tomás Preciados escoge para su poesía motivos muy concretos y la temperatura desciende un poco; entonces consigue lo más interesante. Porque hay aciertos de invención; porque con la ternura se aligera la forma—y conste que no se trata de un lírico que dé importancia capital a ésta—y porque, en fin, se produce una adecuación entre lo que se dice y lo que se quiere decir. Para mi gusto, los romances de la parte “Ternura, música” y los sonetos de la montería son preferentemente estimables. Y estimable en general la discreción con que Tomás Preciados expresa una temática de muchos quilates.

“COMPAÑEROS DE VIAJE” (5)

Copio estas palabras de la introducción que Jaime Gil de Biedma pone en su libro *Compañeros de viaje*: “Al fin y al cabo, un libro de poemas no viene a ser otra cosa que la historia del hombre que es su autor, pero elevada a un nivel de significación en que la vida de cada

(4) Albacete, 1959.

(5) *Fe de vida*. Barcelona, 1959.

uno es ya la vida de todos los hombres, por lo menos—atendidas las inevitables limitaciones objetivas de cada experiencia individual—de unos cuantos entre ellos.” Es una poética que conviene tener presente en la lectura. Así he hecho, aunque realmente desconfío de las poéticas, sobre todo cuando son *a priori* y no como consecuencia de una larga obra.

De la vaguedad simbolista a la concretez de lo existente. He ahí una trayectoria lírica, un paso en el que cambia más la intención que el medio expresivo. Porque eso que llamamos la voz apenas sufre mudanza apreciable. Del yo al tú y al nosotros—es ése el proceso general de la poesía que nos ha tocado vivir—, pero en Gil de Biedma no se producen esas generalizaciones de costumbre. Se ve que es un poeta que arrastra a través de diversas devociones y enfoques una formación muy definida. Su libro va ganando en claridad; y así tenemos unos poemas del recuerdo naturalmente narrativos. Cuida de rozar sólo el prosaísmo —“Infancia y confesiones”, por ejemplo—y alguna vez sale a luz cierta afortunada ironía, que va siendo característica de los jóvenes poetas catalanes. Pero como en un libro cuenta mucho el poema redondo, digo que como tal puede citarse *La lágrima*. Porque en esa pieza creo que se expresa el límite al que el autor ha llegado: predominio del prójimo sobre el yo. Por otra parte, ese poema no tiene una realización fragmentaria, como otros del mismo volumen.

Confiesa Gil de Biedma ser devoto de Antonio Machado. Sobre la influencia del hoy poeta andaluz más actual cabrían extensas consideraciones. Desde lo que en ese efectivo magisterio hay de rutina y cita fácil hasta lo que tiene de profundo e inquietador. En fin, Machado y los machadianos.

JIMÉNEZ MARTOS.

NOTA.—PARA SU COMENTARIO EN ESTA SECCIÓN ES CONDICIÓN INDISPENSABLE EL ENVÍO DE DOS EJEMPLARES.